

PANORAMA ESTRATÉGICO MUNDIAL (1995-1996)

Miguel Alonso Baquer

General secretario permanente del IEEE.

Un panorama es, por definición, una visión de conjunto. Responde a la pretensión de contemplar con una sola mirada un todo en un solo instante. El trazado de panorámicas es, además, una exigencia del saber estratégico. La estrategia, como ciencia del comportamiento de los generales en jefe de todo un ejército, requiere para ser correctamente ejercida de la presencia de un panorama que se extienda ante su vista. De aquí que la expresión sintética «panorama estratégico mundial» sea en sí misma una triple redundancia. Lo que se requiere es, nada más y nada menos, que la contemplación de una vez por todas del mundo entero tal como se encuentra en un momento dado, que es la actualidad.

La introducción de la actualidad en el panorama estratégico es una inestimable ayuda para el oficio del contemplador de la realidad. Porque ya no se trata de contemplar todo el mundo durante todo el tiempo, —una cosmovisión—, sino sólo de una visión reducida a la duración del tiempo que cabe en la actualidad, es decir, a la parte de la realidad que está actuando sobre nosotros en particular. Todo lo que se nos escaparía en la ambiciosa pretensión de verlo todo, queda asumido en esta doble reducción metodológica, —dibujamos sólo lo que, aquí y ahora, desde aquí y en este momento, se nos aparece ante la mirada.

La mirada es la de un español de finales del siglo xx que se ha atenido a su condición de estudioso de la estrategia antes de entregarse al trazado del «panorama estratégico mundial». Se trata de la mirada que se realiza desde un punto de vista en particular, que es el de España o que está en España. Sólo porque se tiene conciencia de la serie de reducciones ya aceptadas, —la reducción a la actualidad, la reducción a lo subjetivo y la reducción del punto de vista— será viable el diseño del «panorama estratégico mundial», que les ofrecemos como útil.

La selección así lograda nos autoriza a detenernos en los aspectos que nos interesan más, aún a sabiendas de que no son todos, ni siquiera los más decisivos. Aquí nos interesan cuatro escenarios en particular, cuatro formas de conflictividad y cuatro consecuencias orgánicas de carácter militar con más intensidad que otras circunstancias, quizás más graves, consideradas aisladamente.

Los escenarios

Los cuatro escenarios seleccionados dentro del «panorama estratégico» nos hablan de cuestiones respecto a las cuales deberíamos tomar alguna decisión. Se trata de cuatro situaciones en escena, con unos actores principales y secundarios en permanente diálogo, sobre las que tenemos mayor obligación de detenernos, ya que le afectan mucho a España, a los españoles y también a nuestras Fuerzas Armadas. Son, respectivamente:

- La construcción de Europa.
- La estabilidad del Mediterráneo Occidental.
- La reforma política de la Europa del Este.
- El desarrollo del área iberoamericana.

Nótese que los cuatro escenarios, en principio, son observados por nosotros como buenos y placenteros. El observador del panorama estratégico percibe cuatro procesos en marcha que en sí mismos son buenos. Es más, que en sí mismos, no van a requerir violencia alguna para que sigan adelante. Es bueno para España y para los miembros de sus Fuerzas Armadas que se construya una nueva realidad política a la que llamamos desde siglos Europa; es bueno que se mantenga la estabilidad militar en el Mediterráneo Occidental; es bueno que se reformen las estructuras de poder de los países de la Europa del Este y es bueno que se desarrollen las virtualidades en potencia del área iberoamericana hacia el bienestar.

La pregunta estratégica por excelencia —¿qué tenemos que hacer?— resulta en principio muy bien encauzada en esta gozosa perspectiva. El militar español tiene primero que imaginar fórmulas a favor de la conciencia europea de identidad en el sector que denominamos de la seguridad y de la defensa. Tiene, en una segunda actitud, que eliminar los obstáculos tradicionales para la puesta en vigor de este proyecto donde ahora se le subraya el más grave de ellos, la obsesión por la soberanía nacional. La disponibilidad para el cumplimiento de misiones que vayan más allá de la defensa de la propia nacionalidad sería el primero de los logros. Porque una política europea de seguridad común, colectiva, compartida, etc., requiere no sólo modernidad en las Fuerzas Armadas, sino la siembra de una mentalidad nueva de carácter asociativo. El futuro de las Fuerzas Armadas que se adivina como posible en el escenario de la construcción de Europa es un futuro donde las tareas de los profesionales de las armas se verán asociadas con otras tareas de profesionales de las armas de otra nacionalidad.

Otro tanto ocurre con la inquietud por la estabilidad en el Mediterráneo Occidental. Lo malo sería que aparecieran indicios de pérdida de estabilidad, es decir, de actos violentos perturbadores de la paz en este escenario tan próximo a nuestro territorio. Aquí se nos adelanta una segunda pregunta de sabor estratégico aparentemente menos grave que la ya formulada sobre el ¿qué tenemos que hacer? Aquí debemos ponernos en condiciones de contestar al ¿qué va a pasar? Porque la estabilidad en la paz, —el mantenimiento en estado de paz, de relativa paz— depende de hasta siete actores de la política exterior, España, Francia, Italia, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos. Incluso es probable que se nos diga que nos hemos quedado cortos en el reparto de papeles a los actores, por cuanto ni la Unión Europea (UE), ni los Estados Unidos de América, ni las potencias con intereses en el Mediterráneo Oriental, —mucho menos estable en el último siglo que el Occidental— se van a considerar ajenos a la pregunta ¿qué va a pasar en el Mediterráneo Occidental? Con todo, la respuesta más espontánea todavía tiene un sentido positivo: pase lo que pase de fronteras adentro en cada uno de los siete Estados ribereños que hemos destacado, todas las decisiones se piensa que irán dirigidas a favor de la estabilidad. El militar español, —de tierra, de mar o de aire— deberá estar preparado para identificar las actividades suyas que tendrán que orientarse desde ahora mismo hacia el cuidado de la estabilidad.

La estabilidad en el Mediterráneo Occidental, en líneas generales, depende del mantenimiento de un cierto equilibrio militar entre sus partes. Y a falta de este equilibrio, —por ejemplo cuando una alianza de los más fuertes resulta más probable que la alianza de los más débiles— la estabilidad dependerá de las pruebas de confianza. Porque las agresiones esporádicas —los incidentes— no afectan a la estabilidad cuando se sabe que no hay voluntad de agredir sino sólo un desajuste local que puede ser controlado.

Los incidentes fronterizos, las migraciones clandestinas, el contrabando de mercancías, etc., son pruebas de un funcionamiento inadecuado de las instituciones; pero se cree que bastará una reconsideración de las condiciones desfavorables para restablecer el buen orden. No se niegan los problemas del segundo escenario, pero sí que se niega la presencia en él de un problema militar. La clave de la pregunta ¿qué va a pasar en el Mediterráneo Occidental? queda subsumida en esta otra ¿cuáles son los indicios no militares de pérdida de la estabilidad? ¿qué debemos saber sobre ellos?

En el tercer escenario, —el de la reforma política de la Europa del Este— la mirada del contemplador hispano del panorama estratégico mundial aún nos parece que puede ser más serena. Sigue en pie la pregunta ¿qué va a pasar?, pero se da con facilidad por sentado que, pase lo que pase, al final del proceso habrá unos Estados cuyas instituciones serán similares a las de Europa Occidental y cuyas economías se ajustarán a la llamada economía de mercado. La única preocupación de las gentes parece venir de una esfera alejada del ámbito militar, la que se ocupa del bienestar de la población. La cuestión revierte en cuestión social. Y ello porque se sospecha de la existencia de grupos sociales descontentos, que están cada día más inclinados a precisar la pobre naturaleza del sector humano, —de la minoría étnica— a su juicio, más cargado de culpas para atentar contra sus intereses.

Aquí, en el análisis del tercer escenario, cada problema social resulta, al menos en apariencia, una mera coyuntura para el prestigio de las unidades enviadas por las Naciones Unidas en funciones de mantenimiento de la paz. Nadie se está jugando en ellas la seguridad de su propia patria ni está directamente contribuyendo a la defensa de ella. A lo sumo, de manera lejana e indirecta, se sospecha que la prolongación de los conflictos internos en la Europa del Este le da demasiadas oportunidades al estallido de un conflicto generalizado, es decir, a la internacionalización del conflicto. De aquí que el cuidado por el éxito en la reforma política de los países Bálticos, de Polonia, de la República Checa, de Eslovaquia, de Hungría y de los fragmentos de la antigua Yugoslavia requiera una reflexión grave sobre la naturaleza de los conflictos abiertos. Ahora, la pregunta del estratega es otra menos operativa que las dos anteriores ya citadas. Es una pregunta casi académica. ¿Qué debemos saber?

Más alejado todavía de la urgencia de un quehacer y de la perentoriedad de un pronóstico se encuentra el cuarto escenario que consideramos de interés para el observador español de condición militar, el que traza dentro del panorama, los límites del escenario transatlántico donde sucede el desarrollo del área iberoamericana. La última de las tres preguntas propias del estratega:

1. ¿Qué tenemos que hacer?
2. ¿Qué va a pasar?
3. ¿Qué debemos saber?, salta de nuevo al primer plano del análisis.

Allí en Iberoamérica, lo que hay que saber para entender lo que está pasando tiene mucho que ver con la propia historia de los españoles... y de los españoles de condición militar. El problema de fondo es la falta de desarrollo. No se trata, en su esencia, de una reforma, de un cambio pendular, del salto que hay que dar desde una vivencia totalitaria a otra democrática, sino de un desarrollo económico, social y político que de nuevo podría ser perturbado quizás, como tantas veces, por un error de interpretación sobre la verdadera función de las Fuerzas Armadas.

La teoría más adecuada para resolver el problema, también se nos ofrece como clara. El optimismo allí parece justificado. La tendencia salvadora de las crisis apunta hacia los procesos de integración por grandes áreas regionales. Todo parece consistir en elaborar un proyecto de modernización, según modelos ya experimentados por delante y cerca de sus ojos en los Estados Unidos de América del Norte, —el Tratado de Libre Comercio (TLC) al Norte y el de Mercosur en el mediodía americano, por ejemplo.

En términos generales, este cuarto escenario está viviendo una peculiar euforia que se expresa en la desaparición de las dictaduras militares. También se debe el optimismo, —nadie insiste en lo evidente— a la reducida presión que sobre las gentes pueden ejercer actualmente las doctrinas totalitarias marxistas-leninistas. El desarrollo político se ofrece en todas partes como viable con escasas excepciones. Pero no así el desarrollo económico y social ni el éxito de la lucha racional y local contra los delincuentes organizados, —es el caso del narcotráfico. La pregunta, otra vez la primera para la estrategia, ya no es ¿qué tenemos que hacer?, sino ¿qué debemos saber?

Allí en el cuarto escenario, de hecho, se traza una línea sinuosa de acontecimientos que afecta a la definición misma del cometido de los militares de carrera. La integración iberoamericana actualmente en marcha excluye la insistencia en el carácter nacional o nacionalista de las instituciones militares, pero esta exclusión, sin duda, debilita en ellas la conciencia de identidad nacional. Lo que progresa —poco deseable para las bases sociales—, son los beneficios de unos intereses económicos multinacionales que de momento alejan para las masas populares no cualificadas la hora del bienestar.

Pero vayamos a un primer resumen del panorama, —a una síntesis de conjunto provisional.

El panorama estratégico de los cuatro escenarios que se contemplan desde España en absoluto deviene en pesimismo. Es un panorama esperanzador. Hace un cuarto de siglo más de un libro de éxito se titulaba como el de Henry Kissinger, *La crisis de la seguridad europea* o como múltiples obras de propaganda, *La quiebra de la doctrina de la seguridad nacional*. Hoy nadie se permitiría tales temas. No hay crisis de seguridad europea ni se precisan doctrinas enérgicas, autoritarias, de seguridad nacional. El tema de nuestro tiempo es el nuevo orden mundial. Porque se confía en un mundo ordenado se habla, —se habla en esta hora apropiada para el trazado optimista de un panorama estratégico mundial— de la construcción de Europa, de la estabilidad en el Mediterráneo Occidental, de la reforma de la Europa del Este y del desarrollo del área iberoamericana. Lo único que no está decidido es el calendario; pero lo que ya está decidido es disponer en el plazo más corto posible de una Europa construida, de un Mediterráneo estabilizado, de una Europa del Este reformada y de una Iberoamérica desarrollada. Es, sin duda alguna, la panorámica de un mundo feliz.

Las formas de conflictividad

Ahora bien, el panorama estratégico mundial así elaborado sobre estos cuatro escenarios, con toda razón, debería provocar en quien lo contemplará con detalle una reacción de signo contrario. Porque adheridas a los cuatro escenarios aparecen, de vez en cuando, cuatro formas de conflictividad que enturbian el optimismo. Estas cuatro formas de conflictividad hace tan sólo una década, en 1985, estaban simplemente latentes y hoy están patentes. Son exactamente:

- La guerra de Yugoslavia o la guerra abierta por los nacionalismos periféricos.
- La crisis de Argelia o la crisis abierta por los fundamentalismos islámicos.
- La quiebra constitucional en el Caúcaso o la quiebra abierta por los nuevos autoritarismos.
- La revuelta en el Caribe o la revuelta abierta por la tensión social Norte-Sur, países ricos *versus* países pobres.

Diré por adelantado que, en líneas generales, la mentalidad de los políticos de Europa y de América instalados en el poder se está orientando a hablar mucho más de los cuatro escenarios abocados hacia un mundo feliz que de las cuatro formas de conflictividad ya patentes en el panorama mundial. Son los militares de carrera de estos núcleos avanzados de civilización quienes están asumiendo la dura función del centinela que consiste en ponerse en lo peor. La guerra de Yugoslavia, la crisis de Argelia, la quiebra del Caúcaso y la revuelta del Caribe, para la mente de los políticos, son fenómenos accidentales fácilmente controlables en dos tiempos, —el empleo de la fuerza para el mantenimiento de la concordia, mientras se negocian los tratados de paz y el empleo de la fuerza para la imposición de la razón, cuando ya no se negocia nada.

La guerra en Yugoslavia es un fenómeno conflictivo verdaderamente sintomático de la dificultad práctica de ambos empeños pacificadores. Porque lo que la situación en los Balcanes ha revelado hasta ahora es el crecimiento acelerado en grupos sociales insospechados de una dialéctica de voluntades hostiles que sólo se detiene en la destrucción o aniquilamiento del adversario. Un delicado principio, —que estoy denominando el principio del nacionalismo periférico— gana por sorpresa a sectores sociales en las coyunturas históricas de crisis que son presentadas por ellos como de liquidación total de una estructura política imperial. Y estos sectores sociales, —las minorías étnicas— empiezan a vivir sin límites las pasiones del odio y del miedo en dosis que son las propias de los peores momentos de la historia mundial. Todo lo que se predica a favor de integraciones de pueblos con tradiciones diferentes, —por ejemplo la integración de los distintos pueblos europeos en la UE— es repudiado como traición al grupo autodefinido como nacionalista periférico. La primera mentira, —la autodefinición de la minoría étnica como la parte más débil de la estructura administrativa de una tiranía anterior— provoca en cadena nuevas mentiras. El resultado es una diabólica definición del vecino como enemigo total de la propia existencia soberana que ya no sólo es enemistad actual, —es enemistad atemporal y es enemistad eterna. Viene de la noche de los tiempos a recordarnos la vigencia del dualismo maniqueo de un Caín, —el otro— y de un Abel —nosotros— que nos proponemos vencer de una vez para siempre.

La crisis de Argelia es el segundo fenómeno conflictivo capaz de perturbar el panorama estratégico del paraíso terrenal concebido en Europa para el año 2000. Los occidentales lo vinculamos al modo de ser y de operar de los incorrectamente denominados fundamentalistas del islam. Europa Occidental, —que ya no se atreve a anunciar a los cuatro vientos el padecimiento de una crisis de seguridad— proclama que está asustada de la posibilidad misma de un retorno político del islam que estará nítidamente marcado por la vuelta de espaldas a los procesos europeos de modernización.

Nunca, —ni siquiera hace una década— se pensó en nada similar. A lo sumo se sugirió la existencia de una réplica fundamentalista al precipitado entronque con los valores y los intereses occidentales del sha del Irán, que tendría su primer escenario en el golfo Pérsico. Acaso, —según un despliegue por círculos concéntricos— se pensó que sería oportuno lanzar contra el mundo asiático, todavía procomunista y a favor de la Unión Soviética, la protesta religiosa de los pueblos islámicos. Pero, en términos de realidad histórica, lo cierto es que la acumulación de la protesta se está produciendo allí donde se sucedieron (moderadamente) las improntas de una cultura europea laica, —la de Francia— y de otra cultura europea laicista, —la de Rusia, o mejor dicho, de la Unión Soviética.

La forma fundamentalista, —islámica o radical— de poner en marcha unos conflictos sangrientos no parece orientarse todavía hacia una confrontación con Europa en campo abierto o sobre las aguas del Mediterráneo Occidental entre el estrecho de Sicilia y el de Gibraltar. Se propone algo muy diferente, —un bloqueo ideológico del creyente islamita hacia todo lo que huele a europeidad. Nótese que la inviabilidad de unas actuaciones análogas a las que hoy tienen su escenario en Bosnia (por razones humanitarias) en el caso de Argelia, es todavía absoluta.

La tercera forma de conflictividad, —la que se expresa en los autoritarismos nuevos de la zona del Cáucaso que está todavía a cargo de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y que se rige desde Moscú— queda predeterminada por la hipótesis más que probable de una anarquía generalizada. Es normal, —y también exagerado— atribuir a todo Estado anárquico la condición de peligroso para la paz mundial. Pero tal cosa es la que está ocurriendo.

No se sabe bien porqué, cualquier anarquía localizada en el espacio se piensa que tiene capacidad para generar nuevas guerras fuera de ese espacio. Pero lo cierto es que incluso las gentes alejadas de la naturaleza del conflicto abierto, en muy poco tiempo, se consideran afectadas por él. Quizás la clave de esta interpretación automática esté en el peso de una mala conciencia sobre el cometido social del principio de autoridad. El vacío de autoridad engendra un entorno de violencias.

Occidente, cuando pide la inmediata reforma política de la Europa del Este, exige dos condiciones de aplicación urgente: la liberación de los mercados y el pluralismo de las opciones de poder. Si los resultados del cumplimiento de ambas condiciones previas al cambio se demoran, cunde el desconcierto. La alternativa real al totalitarismo en esas situaciones ya no es la democracia formal, sino el autoritarismo material que se proclame abierto a las reformas, paso a paso. Pero la mentalidad de las naciones ya desarrolladas no recibe bien este mensaje; sólo lo tolera durante un tiempo, si el mensaje viene aderezado de pintoresquismo.

La cuarta forma de conflictividad, —la que hemos denominado revuelta en el Caribe— tiene unas características más insidiosas. Son, —no hay que ocultarlo púdicamente— la guerrilla urbana y la guerrilla rural que se engendran en la pobreza que se instala a escasa distancia de la opulencia. Aquí la fórmula redentora tiende a ser el inmediato desarme y la legitimadora, el respeto a los derechos humanos. Pero no es fácil dejar claro para todas las gentes que sólo del desarme y de la renuncia a la violencia se deriva el bienestar. El balance más probable es la descalificación, históricamente definitiva, del sector social que va al encuentro de ambas guerrillas, que es el de los hombres de la defensa. La quiebra más peligrosa del proceso de apaciguamiento se produce cuando en los hechos se cruza el narcotráfico entendido como género de vida, también para los más pobres, —no sólo para sus mercaderes.

Estas cuatro formas de conflictividad, —en el panorama estratégico global de un militar español— arrojan una imagen poco grata que, a su vez, requiere, una estrategia, —una nueva estrategia realmente presidida por el paradigma de la paz. Porque lo más grave del panorama pesimista radica en la desaparición simultánea de los dos grandes conflictos mayores, —la guerra y la revolución— que se esfuman sin que se alumbren en su hueco dos grandes formas de implantación de la paz para los pueblos. La conflictividad que podríamos aceptar como probable se llamará de baja intensidad, —los conflictos menores acumulados sobre nuestro tiempo— pero no es la verdadera paz. Y tienen derecho los pueblos a que se les construya una verdadera paz, sin guerras, sin revoluciones y sin conflictos de baja intensidad.

Las consecuencias orgánicas

El panorama estratégico global o mundial, hasta este momento, nos ha ofrecido dos imágenes demasiado diferentes, —la optimista, propia de la dirección política de las grandes potencias y la relativamente pesimista, propia de los hombres profesionalmente atentos a la conflictividad (dada o incoada). Podríamos separarlas y ofrecer a los espectadores neutros una oportunidad de elección. Y podríamos anticipar el resultado.

Es evidente que por la mayoría se elegiría la primera imagen, la más placentera y que se condenaría la segunda, la más cargada de peligros. La humanidad quiere con ansiedad la paz. Por lo menos está claro que cada fracción de humanidad quiere para sí su parte de paz a cualquier precio. Y una de las hipótesis actualmente en juego parece ser que lo preferido será lo que mejor garantice para los países miembros de la UE o de la Alianza Atlántica esta situación de bienestar sin guerras, que en los libros se está llamando «sociedad sin guerra» o «sociedad del bienestar», desde ahora mismo.

Pues bien, considerando que esta finalidad tan limitada, —la paz «aquí y ahora» para los nuestros y la paz, «cuando sea posible», para los demás— puede llegar a ser poco ética, procede, a mi juicio, deducir de la situación cuales podrían o deberían ser las consecuencias orgánicas de carácter militar que parecen hoy, —en la actualidad— más oportunas para el logro de los cuatro objetivos concretos de la primera —la optimista— de las dos imágenes del panorama estratégico:

- La construcción de Europa.
- La estabilidad en el Mediterráneo Occidental.
- La reforma política de la Europa del Este.
- El desarrollo del área iberoamericana.

Naturalmente que estas cuatro finalidades positivas tendrían que ser abordadas, frenando al mismo tiempo el crecimiento ya acelerado de las cuatro formas de conflictividad patentes en nuestro entorno, según la imagen negativa:

- Los nacionalismos periféricos.
- Los fundamentalismos islámicos.
- Los nuevos autoritarismos.
- Las tensiones socioeconómicas.

A mi modo de ver las cosas, en la situación verdaderamente atravesada se imponen cuatro consecuencias orgánicas para las Fuerzas Armadas de los países más civilizados que me voy a permitir citar por el orden en el que deberían operar sobre el espacio y sobre el tiempo para devolvemos el optimismo.

Las Fuerzas Armadas de los nuevos tiempos tienen que tomar conciencia de la necesidad de una política de defensa decididamente dirigida a estos cuatro objetivos:

- El resurgimiento de la estrategia operativa, que las haga competentes para la resolución de conflictos con antelación y eficacia.
- La declinación intencionada de toda-pretensión por reconstruir los ejércitos de masas de antaño.
- El cultivo de la profesionalidad más allá de lo que ha sido habitual en los tiempos modernos, entendida llanamente y sin complejos como efectivo factor de paz.
- La predicación del tema de la paz posible como verdadero horizonte del quehacer básico del hombre sobre la tierra.

El resurgir de la estrategia operativa —la estrategia apta para conducir operaciones militares— nos resulta imperiosamente exigido por la naturaleza de los conflictos abiertos. Para la resolución de los conflictos que no pueden detenerse con buenas palabras, dado el alto grado de pasiones desatadas entre sus verdaderos actores, —la pasión del odio y la pasión del miedo entrelazadas— es necesario contar con la presencia de la fuerza armada en el lugar adecuado y en el momento preciso y es conveniente el movimiento de esa fuerza hacia la posición cuyo dominio resulte el más adecuado para el inmediato retorno de la paz. Hay siempre un espacio para la actuación de la fuerza que se sabe al servicio del derecho. Y hay en la actualidad unas limitaciones éticas de intervención que obligan a extremar la calidad de la ejecución de los movimientos de las fuerzas que intervienen. Y el arte de operar en estas condiciones no puede ni debe improvisarse. Sólo ejércitos, —o fracciones de diferentes ejércitos— correctamente instruidos pueden y deben implicarse en este tipo de operaciones. Naturalmente, que me estoy refiriendo al progreso del principio de la profesionalidad como virtud al alcance de los cuadros de mando y también de las antaño llamadas clases de tropa. Esta es la primera observación.

La declinación de los ejércitos de masas es el corolario consiguiente. Si es verdad que estamos instalados en un mundo nuevo, —en un nuevo orden mundial que está todavía desordenado— es porque han entrado en crisis hábitos de conducta que se consideraban

antes normales, por ejemplo, la movilización general de las naciones para la guerra. El empleo legítimo de la fuerza, —nunca la legitimidad sin más de la violencia indiscriminada— requiere un cambio en la constitución de la fuerza. La fuerza militar no debe seguir siendo aportada por la pasión de los pueblos sino por la racionalidad de los poderes legales, cuya voluntad de actuar se dirija hacia el talento operativo de los mandos militares, extremándoles la prudencia.

Esta segunda consideración, que bordea la zona de lo ético, —de las virtudes públicas, ante todo, en el nivel de las grandes decisiones con efectos sobre amplios espacios durante tiempos de larga duración— nos lleva a una tercera observación. La profesionalidad, —también la profesionalidad de las armas— debe ser encauzada hacia el cuidado efectivo de la paz. En el horizonte de la formación de los cuadros de mando hay que colocar el paradigma de la paz, —la paz como modelo ejemplar, no la victoria ni el triunfo, sino la paz posible, que es la única paz capaz de moderar los daños de la injusticia y de la inseguridad que condujeron a la pérdida de la estabilidad a unos o a otros grupos sociales del mismo escenario.

Esta tercera observación se debe situar en la antesala de la actitud que consideramos definitiva para el adecuado análisis de la coyuntura internacional realmente atravesada por el mundo actual. La paz, —el establecimiento de la paz en la tierra, tiene que entrar en el horizonte de todas las gentes con capacidad de decisión. Esta última consideración entraña inmensas dificultades de ejecución porque sólo conociendo a fondo las circunstancias concretas de donde brotan los conflictos humanos pueden lograrse acuerdos verdaderamente eficaces para la construcción de la paz. Toda simplificación fácil del problema, toda localización apresurada del origen de la violencia en reducidos grupos de «chivos expiatorios», complica la resolución de la situación que se padece. A la larga, la cuestión más importante viene a ser siempre la misma. La humanidad no tiene suficientemente claro en qué consiste la paz posible, aunque crea saber con ligereza lo que ha sido la guerra en tiempo pasado.

El panorama estratégico mundial del año 1995, que acabamos de trazar aquí y ahora, según el hilo conductor que ha partido, primero, de la selección de cuatro «escenarios del entorno» de España, segundo, de la detención de la mirada en cuatro «formas de conflictividad» targentas con los problemas de España y tercero, de la ampliación de los argumentos hacia cuanto parece tener «consecuencias orgánicas» para nuestros Ejércitos, tiene muchas zonas oscuras que no nos hemos tomado la molestia de iluminar para acertar a vivir en ellas a partir de 1996 por lo menos hasta el año 2000.

Nada hemos insinuado sobre la influencia de los grandes focos de poder de la economía mundial en el futuro que habitualmente se sitúan en el hemisferio norte sobre los Estados Unidos de América, el Japón y Europa Occidental. Nada hemos apuntado respecto al resurgimiento de nuevos poderes en Asia, —el peligro amarillo de los famosos geopolíticos de comienzos del siglo xx, atentos entonces obsesivamente a los doctrinarios del espacio vital. Ni siquiera hemos citado cuestiones tan graves como la crisis energética, la desertización creciente, el hambre del Tercer Mundo, etc. El panorama estratégico por nosotros descrito ha rehuido la mundialidad, la cosmogonía, la generalidad de lo abstracto, para mejor centrarse en lo concreto.

Quisiera terminar pidiendo disculpas por esta evidente reducción de la amplitud de la mirada. Yo creo que cada día tiene su afán y que cada comunidad política de hombres libres posee su esfera propia de responsabilidades. Todo lo que queda fuera del afán de cada día y de la esfera de responsabilidades donde inciden las decisiones libres que de nosotros dependen es, sin duda, muy importante y seguramente nos acabará afectando. Pero, de momento, lo que nos importa, aquí y ahora, es saber la respuesta que debemos darle a los problemas sobre los que nuestra voluntad puede incidir.

He aquí subrayados cuatro de estos problemas, uno por cada escenario.

En un *Cuaderno de Estrategia*, —el número 77, titulado «La política exterior y de seguridad común de la Unión Europea»— recientemente aparecido, se afirmaba que «más allá del horizonte de 1995, Europa como debate» quedaba circunscrita a estas cinco controversias principales:

- Sobre las amenazas de una división de la UE.
- Sobre la diversidad plural y los secesionismos nacionales.
- Sobre la opción federalista.
- Sobre la viabilidad del camino hacia la unidad diplomática y militar.
- Sobre la reinención de la Unión Europea Occidental como comunidad para la defensa.

Es posible que algo así ocurra en los próximos años. Pero lo que aquí y ahora nos importa más que estas cinco controversias es la distorsión (o la fusión) de los conceptos de seguridad y de defensa que se desprende de la lectura del Tratado de Maastricht, —particularmente del apartado J sobre la política exterior y de seguridad común—, actualmente en trance de revisión. Este es nuestro primer problema.

En principio, se establecen en el Tratado tres secuencias temporales por este orden de urgencia, —el diseño, «en la actualidad», de la política de seguridad común, el estudio, «en el futuro», de una política de defensa común y, «en su caso», la puesta a punto de una defensa común. Estas tres secuencias señalan que no hay todavía acuerdo sobre los rasgos de la defensa común y que procede ganar tiempo para lograrlo. La consideración de la política de defensa común como cuarto pilar para la construcción de Europa serviría para demostrar que, actuando desde ahora mismo en la orgánica para la defensa de Europa, será más que probable el adelanto en el empeño político de la construcción europea.

Las bases —segundo problema— para la creación de una asociación euromediterránea —en el léxico de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona de los días 27 y 28 de noviembre de 1995, construcción de una región— creemos que han sido ya aceptadas por la UE en los siguientes términos:

«La UE tiene como objetivo declarado garantizar la estabilidad y la prosperidad de la región. La Conferencia —se añadía exactamente en los días en que estaba reunida— constituye una ocasión sin precedentes para que los países de la UE y sus socios del Mediterráneo Occidental y Oriental definan conjuntamente sus relaciones futuras. El nuevo modelo de cooperación económica y política deberá desembocar en la creación de una amplia zona de 'libre comercio' entre ambas orillas. El proyecto de asociación global se basará en el 'refuerzo de la democracia' y el 'respeto de los derechos humanos', elemento esencial de las relaciones entre Europa y sus vecinos mediterráneos.»

Tal era la posición de la UE, al menos tal como fue manifestada en la reunión de Cannes (Francia) del Consejo Europeo de los días 26 y 27 de junio de 1995. Era una posición que afectaba a los quince Estados de la UE y a los doce de la región que tienen acuerdo con la UE, a saber: Turquía, Chipre, Malta, Israel y todos los países ribereños —Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Siria, Jordania, Líbano y Palestina, con la excepción de Libia.

Éste es, en concreto, el segundo problema. El de Yugoslavia es el tercero.

Porque en relación con la reforma política de la Europa del Este es sobre territorio yugoslavo donde más se están acumulando los acontecimientos a partir del giro de la situación en los Balcanes producido por la ofensiva croata de la primavera de 1995. Hoy se piensa que «esta ofensiva croata puso al descubierto tres puntos importantes», como dicen los documentos oficiales de seguimiento de la crisis:

- La capacidad del Ejército croata para actuar y resolver la situación de manera unilateral dentro de sus fronteras.
- La debilidad y pragmatismo de las fuerzas del Ejército serbio de Krajina, que abandonaron la zona apenas sin combatir y se entregaron a los *casco azul*s allí presentes.
- Las serias limitaciones en el supuesto apoyo del Ejército serbio de Bosnia a sus hermanos serbios del norte del río Sava.

Los acontecimientos posteriores —la decisión del Comité de Planes de Defensa de la OTAN de 8 de junio (que creó una Fuerza de Reacción Rápida para proporcionar seguridad a UNPROFOR); el ataque en la madrugada del día 30 de agosto de 60 aviones de la Alianza Atlántica contra el sistema integrado de defensa aérea serbo-bosnio y el nuevo plan de paz propuesto por los Estados Unidos y formalizado en noviembre en presencia del presidente Clinton— creemos que han dado un giro a la situación en los Balcanes y que han permitido el retorno de la atención internacional a los problemas de la Europa Oriental y de la CEI.

La conclusión de todos los observadores se ha concentrado en la creencia de que la OTAN «necesita diseñar una estrategia capaz de proporcionar la necesaria seguridad a los países del este europeo, sin mermar con ello la sensación de seguridad de la sociedad rusa». Y es en este punto donde apunta una cuestión delicada.

En marzo de 1995 en Carasona y en París, sucesivamente, los 52 países miembros de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa han firmado un Pacto sobre Seguridad donde se garantiza el respeto de las actuales fronteras y la libertad de las minorías étnicas. Aunque Pavel Grachev, ministro ruso de Defensa, replicó en la primera ocasión que:

«Entendemos una rápida ampliación de la OTAN hacia el Este como un intento de aislar a Rusia y como una imposición a esas naciones de las ideas y del armamento de la organización.»

Creemos que nada puede frenar el proceso de integración en las estructuras occidentales precisamente del llamado Grupo de Visegrado y de los Estados Bálticos, éstos a partir de los Acuerdos de Asociación con la UE firmados el 12 de junio de 1995. Lo único que puede y debe hacer la CEI es crear por su cuenta un espacio único de defensa para todos sus miembros, con el beneplácito de la Alianza.

Tal fue el sentido de la línea estratégica de Rusia hacia los Estados miembros de la CEI que fue aprobada por Yeltsin el 14 de septiembre:

«La región —se dice— constituye el área principal de interés de Rusia en lo que respecta a economía, defensa, seguridad y derechos humanos.»

Por último, hay que subrayar, como problema número 4, los progresos en el área iberoamericana ocurridos a partir —octubre de 1995— de la Cumbre de Bariloche (Argentina). Dos fenómenos económicos de notable ambición, uno al Norte, —el TLC— y otro al Sur, —el Mercosur— presionan al resto del continente creando nuevas fracturas al desarrollo económico-político y social. Pues bien, en nuestro panorama estratégico, el área iberoamericana presenta como originalidad la recomendación del ajuste de las Fuerzas Armadas de cada Nación a la nueva situación. Las esperanzas de la UE, —y dentro de ella las esperanzas de España— están puestas en la entrada de todos sus ejércitos en la experiencia ya cumplida en el Viejo Mundo por las medidas de confianza en cuestiones de seguridad y en materia de defensa.

En definitiva, España y el Mundo Hispánico tienen una peculiar contextura donde el juego históricamente dado por sus instituciones militares en las crisis y en las quiebras del Estado liberal sigue pesando mucho sobre la realidad. El desarrollo ha de ser favorecido también desde las Fuerzas Armadas de uno u otro modo como un fenómeno positivo de modernización. Y es allí donde la mirada del mundo hispánico hacia la modernización en curso de las Fuerzas Armadas de España resulta ser por lo menos una tarea conveniente para todos. La mirada del Mundo Hispánico hacia las Fuerzas Armadas de España habrá de ser complementada con las miradas desde España hacia todos y cada uno de los ejércitos hispánicos.